

## LA MUERTE VIOLENTA Y EL SUICIDIO

por el Dr. HERNÁN ROMERO

Un artista americano sigue residiendo en Santiago no obstante criticar acerbamente algunas costumbres nuestras. Estima, por ejemplo, que los adulterios y los conflictos matrimoniales son aquí más frecuentes e ingratos que en Estados Unidos, juicio que evidentemente contiene dosis grande de subjetivismo. Cuando se le pregunta por qué no regresa a su patria, explica llanamente que en Chile los presidentes caminan por la calle. La repetición de atentados políticos casi inconcebibles, el aumento notorio de la criminalidad y de la violencia en ese país desconciertan y sumen en un mar de conjeturas a cualquiera persona reflexiva.

Muy pocos animales son capaces de matarse entre sí cuando tienen tamaño parecido. Se exceptúan el cuervo y el lobo que, en un acceso de furia, vacía el ojo del congénere de un solo picotazo o le destroza la vena yugular de una dentellada. Ambas especies habrían desaparecido si sus miembros no hubieran desarrollado inhibiciones poderosas que les impiden dañarse uno a otro. Proverbialmente el más agresivo de los mamíferos, ese segundo ser, a quien Dante calificó de *bestia senza pace*, demuestra ser, en su jauría, amigo de singular fidelidad. Los que carecen de armas de defensa han adquirido habilidad para huir de las alimañas. Muy distinta resulta la conducta bajo condiciones anormales de cautividad, en que el derrotado en una refriega no logra sustraerse a la venganza del victorioso. Entonces aun la paloma, símbolo de la paz, tortura prolongadamente a otra y termina ultimándola.

En nuestra evolución no se requirieron mecanismos de frenación, porque el asesinato instantáneo constituía imposibilidad virtual y el atacado disponía de tiempo para avocar la compasión del victimario por medio de gestos de sumisión y actitudes de apaciguamiento. Se rompió el equilibrio entre el potencial destructor y las inhibiciones sociales cuando se comenzaron a manejar bruscamente armas artificiales. Al decir de Konrad Lorenz, los hombres obtuvieron así las aptitudes de palomas a que, por un truco extranatural, se hubiera conferido picos de cuervos y provoca escalofríos pensar que los primates prehumanos, con su consabida irascibilidad, supieran fabricar y blandir hachas afiladas. Del mismo modo los antepasados nuestros que prepararon utensilios de piedra no los usaron únicamente para cazar sino también para exterminar al prójimo y el Hombre de Pekín (*Sinanthropus pekinensis*), el Prometeo que aprendió a preservar el fuego, lo empleó frecuentemente para asar a sus hermanos.

Si bien se ha intensificado incuestionablemente la responsabilidad moral y el repudio del crimen, han aumentado asimismo la neutralidad y la impunidad emocionales por

efectos de la distancia. Ha de ser bien distinta la sensación del individuo que da de puñaladas o estrangula a otro que la de quien flecta el índice para accionar el gatillo de una carabina con mira telescópica. Puede que más de un sujeto apacible apriete con indiferencia el botón que regula un proyectil teledirigido y aún descargue bombas incendiarias sobre una ciudad dormida. El hacinamiento excesivo en un espacio circunscrito ocasiona fatiga de las responsabilidades y de las relaciones con la colectividad y acicatea la propensión a la agresividad. La última vez que estuve en Nueva York y Chicago experimenté la sensación de que no podría ya vivir en una de las grandes ciudades de Estados Unidos con su tráfigo incesante, las luces, el ruido, las enormes masas que atiborran las calles y los ferrocarriles subterráneos y el apresuramiento, a menudo innecesario. Se sufre la coacción de los innumerables contactos personales y el sentimiento perturbador de que la conversación con el amigo no despierta el placer que debiera. Se está como irritado y molesta el teléfono que suena, sobre todo después de comida.

Mantener la paz constituye el primero de los deberes cívicos y en la comunidad moderna no hay escapatoria para el mal humor y las hostilidades. Según el propio Lorenz, se ha alejado la tribu enemiga de la vecindad que sirvió para descargar la ojeriza filogénicamente programada. Se sitúa ahora a la distancia y se oculta convenientemente detrás de una cortina que suele ser de hierro. Solitario en medio de la multitud, el sujeto percibe la tensión que acarrea el imperativo de ganarse la vida en condiciones de intensa competencia y las aspiraciones insatisfechas, en contraste flagrante con tanto signo inequívoco de prosperidad en el medio que lo rodea. Para muchos llega momento en que se desbarata la personalidad.

En Estados Unidos las cosas se agravan espantosamente por los conflictos raciales, la manía de poseer armas de fuego y las facilidades que, para el objeto, brinda el fárrago increíble de legislaciones. Sumarian unos 20.000 cuerpos diferentes, de los cuales sólo dos se incorporan en los libros federales. De aquéllas se comprarían anualmente, según un artículo reciente de *Time*, más de tres millones y, de este total, los dos tercios por correo. En este momento se seguiría juicio a una pareja que, en San Francisco, había acumulado 70 toneladas de municiones y armamento variado que incluía un cañón de 37 mm; no hace mucho, alguien mató a su hija de tres años porque vio girar la perilla y abrirse lentamente la puerta de su dormitorio y esperó al presunto intruso con la pistola apuntada; un par de años atrás, otro cazó 26 personas a cuya mayoría disparó

desde el techo de un edificio y un tercero liquidó, una tras otra, ordenada y sistemáticamente, 6 ó 7 enfermeras. En este rubro se acumulan al año unas 20.000 muertes: 3.000 accidentales, 7.000 homicidios y 10.000 suicidios, además de unos 100.000 heridos.

La crónica roja y los datos correspondientes de la estadística resultan verdaderamente espeluznantes y este problema concentra hoy la atención de muchos investigadores de las disciplinas más diversas. Desgraciadamente el suscrito no ha sorprendido todavía indicios de que se le haya de resolver, siquiera parcialmente, en un futuro previsible. Por el contrario, podría citar numerosos hechos que denuncian empeoramiento.

El editorial reciente de una revista profesional de Gran Bretaña que goza de prestigio mundial (*British Medical Journal*) comienza con una frase que destila fatalismo: "como siempre, un facultativo se matará este mes". En promedio ocurre así, en dicho país, con monótona regularidad y como a muchos preocupa el aumento que las violencias evidentemente revelan en los últimos tiempos, se intenta proyectar luz sobre los suicidios y sus causas. Si bien cabe postular que se posee sobre ellas más conocimientos que sobre el conjunto de las psiconeurosis, los resultados de las investigaciones aparecen tan precarios que sólo se ha logrado establecer algunas correlaciones más o menos estrechas y constantes cuya interpretación suele ser conjetural y bastante subjetiva. En biología se entiende por tales las relaciones recíprocas entre dos o más estructuras, procesos o acontecimientos. Se da por establecido que abundan principalmente: 1) entre los médicos, los dentistas y los oficiales retirados de las fuerzas armadas; 2) entre las personas, en las colectividades y en las épocas que gozan de mayor holgura, y 3) en la primavera y a comienzos del verano, o sea cuando el ambiente exhibe máximo esplendor. Se ha atribuido el primer hecho a que estos grupos están más familiarizados con los cadáveres, los heridos y la enfermedad y a que tendrían acceso expedito a agentes de destrucción (venenos y armas), y el segundo, a que el éxito material fomentaría la competencia, la tensión y, sobre todo, el aislamiento individual. Entre los galenos existe, además, la mayor concentración de toxicómanos (morfina, etc.), factor de facilitación. Sea como fuere, la frecuencia de las muertes violentas de este tipo es inversamente proporcional a la pobreza colectiva y personal, salvo que a ésta haya acarreado una quiebra. Para explicar el tercero se admite que el despertar de la naturaleza coincide con el recrudecimiento de las psicopatías depresivas y de la excitabilidad física y mental. Todos estos fenómenos últimos podrían ser simple expresión de los cambios rítmicos o cíclicos que experimentan los organismos y son más conspicuos en el reino vegetal y en otros animales que en la especie humana.

Se ha dicho que un blanco que sufre preocupaciones intensas se sienta a escudriñarlas y termina perforándose la sien; en iguales circunstancias el negro acaba quedándose

dormido. En verdad los suicidios son considerablemente menos frecuentes —un tercio bastante exactamente— en esta raza que en aquélla tanto en Estados Unidos como en Sudafrica y, asimismo, entre los musulmanes, los judíos ortodoxos, los católicos y los protestantes, en este orden sucesivo. De este modo se explica que haya tasas muy bajas en Irlanda y Egipto y menos elevadas en Israel de las que algunas circunstancias inducirían a imaginar. Entre otras, estas circunstancias incluyen proporción alta de intelectuales en la acepción amplia de la palabra, de población urbana de alta concentración, de parejas con pocos hijos o sin ninguno y de hogares que se rompieron durante la infancia de los adultos actuales. Entre los miembros de estas religiones subsisten el horror y el repudio que antes eran mucho más generalizados. Hasta 1823 las víctimas de Londres eran enterradas con una estaca clavada en el pecho, y no en la encrucijada de caminos de Chelsea todavía suele no recibirseles en cementerios consagrados; algunas legislaciones castigan y aún confiscan los bienes a las que no lograron ultimarse y penan a los cómplices. Algunos de estos sentimientos que deslindan en el desagravio y la vindicta han de tener origen ancestral y muy remoto.

Presumiblemente traducen el espanto que ocasionó al hombre la posesión de un privilegio privativo y de que tomó conciencia en alguna etapa de la evolución. Cabe barruntar que sabía ya de su capacidad para aniquilar otros seres, congéneres o no; pero no a sí mismo, y que el descubrimiento de esta aptitud cambió radicalmente para él el significado de la vida. Más de un perro fiel rehúsa comer y se deja extinguir junto a la tumba del amo y muchos animales se alejan del rebaño para rematar sus días en apacible soledad. En esos casos, no hay evidencia perceptible de que el can sepa a ciencia cierta que perdió para siempre al amigo predilecto y en ninguno, de que actúa la voluntad deliberada de suprimirse. De no mediar la volición —que, en cierto modo, se parece a lo que Freud denominó, con propiedad discutible, instinto de muerte— no hay suicidio. No se exagera, por tanto, al afirmar que esa aptitud pertenece exclusivamente a nuestra especie.

En el pasado se creyó que estos actos eran excepcionales y aún inexistentes entre los pueblos primitivos. Hoy se reconoce su ubicuidad, que se han practicado, con fluctuaciones más o menos amplias, en todas las épocas y aumentan ostensiblemente en las más recientes como también que disminuyen muy marcadamente durante los conflictos bélicos. Puede que, durante éstos, prevalezca la solidaridad que mitiga la sensación de soledad y, en todo caso, abren avenidas amplias para descargar la agresividad hasta el extremo de que los homicidios se convierten en actos lícitos y encomiables. Porque en las guerras las mujeres participan en grado mucho menor, se verían privadas de este mecanismo de distensión y, según Hartelius, el psicólogo sueco, el incremento mayor de la criminalidad femenina sería achacable a que en ellas han producido impacto más revolucionario los procesos modernos de emancipación,

urbanización y secularización. En el último no se incluye solamente el abandono de la sujeción a las normas eclesiásticas, morales y sociales, sino también el aflojamiento de las numerosas ligaduras que son propias de comunidades más simples, quietas y amables.

El público se inclina a creer que constituyen causas predominantes de suicidio los amores frustrados y la fibra moral de mala calidad. Tanto no es así que su frecuencia máxima se alcanza alrededor de los 50 años y en momentos posteriores, así como en individuos que adolecen de un padecimiento físico o mental. En los países con una tasa baja puede denotar más miseria humana. En los prósperos la eleva el aumento de la expectativa de vida. Como los éxitos de la medicina y de la salubridad han beneficiado principalmente a los niños y a los adolescentes y conseguido poco en cuanto a la reducción de las enfermedades en la edad media y de la ancianidad, hay en ellos mayor proporción de adultos mayores y de viejos que sobrellevan malestares, dolencias e invalideces. Se añaden factores de orden psicológico y social. Se lleva así las palmas Berlín Occidental, en que la incidencia es más de 10 veces superior a la que alcanza Irlanda del Norte, debido probablemente a que han emigrado muchos jóvenes en busca de mejores horizontes y repelidos acaso por el Muro. En las colectividades modernas se estima intolerable que viva bajo un mismo techo familia de tres generaciones. Se las disgrega con detrimento para los abuelos que suelen quedar tremendamente solos, sobre todo si ha fallecido ya uno de los cónyuges. Así como el matrimonio estable y la prole abundante confieren cierto grado de inmunidad, son predisponentes el aislamiento, los cambios repetidos de domicilio y la desorganización, que se mide por el número de divorcios, separaciones e hijos ilegítimos.

Si bien el acontecimiento representa ordinariamente sorpresa mayúscula para parientes y amigos, los estudios retrospectivos demuestran que la mayor parte de las víctimas han expresado intención de suprimirse en una o varias ocasiones. Por desgracia no se la declaran al médico y los legos parecen pensar, figuradamente, que perro que ladra no muerde. Los especialistas aseguran que, particularmente en el caso de los deprimidos, prescindir de estas advertencias representa uno de los errores más trágicos de la psiquiatría. Por cuanto los suicidios marcan comúnmente la culminación o el punto crítico de un proceso de descalabro de la personalidad, todos o su mayoría son teóricamente susceptibles de prevenir.

Para este propósito se ha establecido, en varias partes, un servicio muy interesante. Lo proporcionan sacerdotes de distintos credos y trabajadores sociales, que cuentan con asesoría de facultativos y se denominan a sí mismos los samaritanos del teléfono. Hacen turnos para estar al alcance durante las 24 horas y, sobre todo, durante la noche, que es el período en que se agudizan comúnmente las angustias. Descargarlas sobre un interlocutor comprensivo y simpatizante las alivia tan considerablemente que con-

ducen a menudo a la disuasión. Entre los que escapan verdaderamente de la muerte y no son simples pusilánimes que pasaban por un momento de ansiedad, algunos se suelen incorporar al grupo de auxiliadores. Es un hecho parecido al que ocurre con los alcohólicos anónimos que, de regla, son enfermos curados. La ausencia de precauciones para evitar fracasos que se advierte a menudo no traduce necesariamente la esperanza y el deseo de ser salvado. Si bien suele mediar esta intención, esa ausencia revela más bien que, sólo por excepción, son actos realmente deliberados, racionales y cuidadosamente planeados.

Salvo en épocas anormales, las colectividades parecen tener niveles más o menos fijos aunque con tendencia al aumento o la disminución y se ha descrito un fenómeno de serrucho que consiste en que el descenso de los suicidios se acompaña de un ascenso de los homicidios. Bajaron aquéllos en Basilea, la ciudad suiza —donde han sido siempre altos y el gas de alumbrado encabezaba la lista de los medios empleados— después que se le quitó la toxicidad, eliminando el óxido de carbono que contenía. Al cabo de un año, se restableció dicho nivel a expensas de los ahogamientos que pasaron a ocupar ahora el primer lugar. En diferentes sitios se ha observado que imponer prohibición de cargar armas de fuego y dificultades para adquirirlas únicamente trae por consecuencia que se las reemplace por otro agente destructor. Por lo demás si influyera la accesibilidad del procedimiento, deberían preponderar, casi universalmente, las sumersiones y el arrojamiento desde la altura y no ocurre así.

Los pueblos y los sexos manifiestan predilecciones marcadas. En Gran Bretaña se advierte evidente preferencia por el gas y otras formas de envenenamiento. Entre los varones y en Estados Unidos, por las armas y los explosivos, y en Chile, se percibe cantidad inusitada de ahorcamientos. Prevalcen éstos asimismo entre los japoneses, que han de tener voluntad muy seria puesto que, con frecuencia aun mayor, recurren, además, al arrojamiento bajo las ruedas del tren y desde sitios muy elevados. Son tres de los métodos más infalibles y, sin embargo, relativamente poco utilizados en el mundo, en general. No menos certero es el harakiri, que conformó el procedimiento tradicional y ritual; pero que ha desaparecido virtualmente. Dado lo que menudean los suicidios en la historia, la literatura y en la crónica diaria de esta nación, parece sorprendente que lo superen Hungría, Austria, Dinamarca y Finlandia en las estadísticas internacionales. Son eminentemente sospechosas las posiciones tan bajas que ocupan los países católicos y musulmanes —como Irlanda y, mucho más todavía, Egipto— en cuanto influye enormemente el ocultamiento. Por efecto de las religiones, el veredicto importa desgracia tan grande y con tanto dejo de vergüenza y de estigma para el fallecido y sus parientes que los médicos convienen en fasificar, muy reprochablemente, el certificado de defunción. Parece curioso que no lo condenen explícita-

mente ni el Viejo ni el Nuevo Testamento y que, en cambio, lo impugne reiteradamente el Corán.

*Le Suicide*, la obra del sociólogo francés Emil Durkheim, vio la luz en 1897, fue clásica y ahora reviste interés meramente histórico en cuanto se revisaron casi todos los conceptos que sustenta. En ella califica de *anomie* el estado de una sociedad que no regula ni ejerce control sobre la conducta de sus componentes y en que se atenúan las creencias religiosas y se aflojan los lazos maritales y profesionales. En estas condiciones se abultarían los suicidios, porque los individuos no se identifican con el grupo a que pertenecen y parecido extrañamiento explicaría que abunden más entre los solteros, los viudos y, sobre todo, los divorciados, y entre los protestantes más que entre los católicos. A los últimos atribuye mayor cohesión.

No se podrían considerar característicos los rasgos de este orden que se advierten en Estados Unidos donde la tendencia secular al aumento ha sido tan regular que hoy se está autorizado para pronosticar que uno de cada 50 hombres perecerá por voluntad propia. En Gran Bretaña esta misma proporción se registra únicamente entre los médicos varones y, en contraste, se ha mantenido largamente estacionaria. Varios psicólogos incriminan el exceso de trabajo, en circunstancias que prevalecen más entre los ociosos. Puede que en algunos influya el *tedium vitae* que tanto se ponderó en el período de los románticos. Figura esa observación, pero no este comentario, en *Ser o No Ser*, un estudio del suicidio de Louis I. Dublin, el célebre estadístico de *Metropolitan*, la compañía de seguros de vida. Agrega Dublin que menudea más entre los obesos que entre los delgados y en la Viena juguetona y en el San Francisco asoleado que en el Boston frío y austero.

Bajo la denominación de suicidios altruistas, Durkheim describió los que cometen el capitán que se hunde con su nave, la mujer ultrajada, quien sufrió acusación o pena infamante —sobre todo si fue inmerecida— y cuyo honor juzga indeleblemente mancillado, como también las viudas que, tiempo atrás, se arrojaban a la pira en que se cremaba el cadáver de su esposo. Constituyó la costumbre tradicional que, en India, se conoce como *suttee*. Al mismo género pertenecen los primeros cristianos que desafiaron a sus perseguidores y se sometieron gozosamente a los martirios: la crucifixión, los leones del Coliseo y tantos otros tormentos. Recientemente reaparecieron las inmolaciones entre los monjes budistas de Vietnam que se impregnaron los hábitos con gasolina y se quemaron a la vista del público en las calles de Saigón como protesta contra la pretendida dominación de los católicos. Parece justo calificarla así, puesto que los seguidores de Gautama suman 8 millones y apenas un millón y cuarto los discípulos de Cristo, rivales suyos en la persecución del poder.

Entre los japoneses prevalecieron el harakiri y, en la Segunda Guerra Mundial, las unidades especiales de ataque o kamikaze: pilotos de aviones diminutos, como mosquitos, que se estrellaban contra las grandes embarcaciones del

enemigo en la esperanza de descalabrarlas. Nakahima confiere a dichas unidades el nombre curioso y sugerente de Viento Sagrado y describe la decepción de algunos miembros a que no se permitió participar en una operación y el deleite de los que se aprestaban para sacrificarse por una causa que estimaban nobilísima. En tiempos remotos solía ser tradición que los servidores se inhumaran con sus amos y, en las excavaciones de Ur, se encontró toda una corte alrededor de un soberano que debió reinar hace unos 5.000 años. Se dice que en Samoa no sería excepcional aún hoy que, cuando se sienten invadidos por la senectud, los jefes de tribus ordenen que se caven fosas y se les entierren vivos.

A diferencia del grupo de 15 a 19 años en que se registra ocasionalmente mayor número de mujeres, la destrucción propia es, de ordinario, unas cuatro veces más común entre los varones y la diferencia tiende a acentuarse hacia la senectud. Manifiesta predilección por ciertas familias, como se ha advertido claramente en Chile. Sin embargo, sería imposible dilucidar si intervienen factores genéticos o la influencia de la imitación y el contagio. En ocasiones irrumpe un pequeño brote epidémico a raíz del suicidio de un personaje ilustre y que goza de estimación pública. El autor lo presupuso después de la desaparición de Joaquín Edwards Bello; pero no se ha preocupado de verificarlo.

En su libro *El Hombre contra sí mismo* que K. Menninger, el psiquiatra americano, publicó hace 30 años, llama suicidio crónico al alcoholismo, estimando que en esta enfermedad el sujeto busca aniquilarse a fuerza de embriagueces reiteradas. Numerosos autores han señalado las similitudes de las perturbaciones en la estructura de la personalidad de estos pacientes y de las personas que se destruyen súbitamente. Resulta más que sugestivo que las tasas de suicidio de varones, en un hospital psiquiátrico de Londres, sean 86 veces más altas entre los alcohólicos que ingresan para tratarse y 76 veces entre los recibidos en salas de observación que en la población correspondiente de la ciudad. En un estudio escandinavo, el 76 por ciento de las víctimas de esa dolencia se suprimieron en los cinco años que siguieron al alta; en otro de Edimburgo, 39 de cada 100 hombres atendidos por envenenamiento intencional, eran bebedores excesivos; en un cuarto de San Luis, en Estados Unidos, se colectaron datos similares y que las observaciones recogidas por Bamdel en distintos países y momentos revelaron paralelismo entre las fluctuaciones en el consumo de alcohol y las muertes violentas del tipo en referencia.

Muchos alcohólicos se ultiman por abdicación: desesperan de liberarse de un mal que los aherroja, consideran sonada la hora de desembarazar a la familia y al medio de una carga pesada u obedecen a un impulso repetitivo. Pone en evidencia la necesidad de vigilar estrechamente a quienes se hallan en cura de desintoxicación y a los que formulan amenazas, como acontece a menudo. No es excepcional que algunos despierten en la cama de un servicio de urgencia y no recuerden siquiera el momento en que ingirieron

ron venenos o medicamentos en cantidades excesivas. Facilita esta última coyuntura el hábito que estos infelices tienen, con cierta frecuencia, de aficionarse simultáneamente a los barbitúricos y otros hipnóticos. No cuesta nada que se les pase la mano en un instante de inconsciencia o de estupor etílico.

No existen pruebas claras de que las cartas de despedida sean más o menos verídicas que otras comunicaciones escritas bajo el acicate de emociones intensas. Habitualmente contienen palabras de odio y de amor que ponen de relieve el papel que, entre las motivaciones, juegan la agresión y, especialmente, el desquite, así como el anhelo de que se siga queriendo al desaparecido. Con este objetivo pide perdón y expresa preocupación por las personas y las cosas que deja atrás, como si fuera a seguir viviendo entre ellas. Diversos psicólogos interpretan estos fenómenos como testimonio de la incapacidad del hombre para concebir su propia extinción. En el mismo sentido habla la experiencia bastante común del médico que, sabiéndose afectado por dolencia incurable y letal a breve plazo, elucubra proyectos para años venideros. Cuando el tono revela intención acentuada de vindicta, deja margen para conjeturar si no habría cierta sabiduría en las legislaciones antiguas que catalogaban estas muertes como asesinatos de sí mismo. Unos pocos ostentan o dejan traslucir prurito más que mórbido de notoriedad.

En general los suicidios pactados son asaz raros y casi míticos los de enamorados jóvenes. Abundan algo más en las relaciones adúlteras, sea porque su descubrimiento expone o desemboca en desastres intolerables o porque no se les vislumbra solución satisfactoria. En unos y otros puede subsistir la vieja idea de que, en el otro mundo, se unirán en ventura imperecedera. Menos inusitado es el hecho entre parejas en que uno sufre de depresión psíquica que, como es conocido, abate, por contagio, a los parientes más próximos.

No obstante presentar estos pactos como si la decisión hubiera sido igualmente compartida, uno toma, por lo común, la iniciativa y debe utilizar grado más o menos grande de persuasión para inducir al otro. De sobrevivir el causante, se justifica quizás que caiga en manos de la justicia, puesto que lo impulsó intención más bien homicida. Fue ciertamente arrolladora la criminalidad insensata del individuo que, en 1960, hizo estallar un avión con 35 pasajeros mientras volaba sobre Carolina del Norte. Poco antes había tomado seguro de vida contra accidentes por 900.000 dólares. Dichos convenios deslindan, en cierto modo, con los actos que se denominan asesinatos misericordiosos: el progenitor, por ejemplo, que, antes de suprimirse, ultima a uno o más de sus hijos, porque para él y para los seres queridos es mejor salir de este planeta.

Próxima se halla también la eutanasia del paciente incurable, que más a menudo inspira el afán de esquivar el sufrimiento que de apresurar el desenlace. Inconcebible para quienes profesan de verdad determinados credos, suele

parecernos a algunos médicos evidentemente justificada. En tanto que aparece completamente excepcional que el paciente se suprima porque se le ha formulado, con prudencia y simpatía, el diagnóstico de enfermedad letal, no lo es tanto si se le ha ocultado la verdad y la sorprende accidentalmente o ha ido a leer en los libros el pronóstico de la dolencia que lo aqueja. No faltan quienes sostengan que ningún sujeto mentalmente sano provoca una muerte, suya o ajena. Parece ser cuestión de definiciones. De todas maneras un tercio de los suicidas, por lo menos, tienen antecedentes de neurosis, psicosis o alteraciones severas de la personalidad. Entre las perturbaciones psíquicas domina, con mucho, la enfermedad depresiva o melancolía.

No obstante ser difícil trazar la línea divisoria, los suicidios frustrados conforman un grupo distinto. Además de ocurrir en proporciones ocho o diez veces mayores, se advierten, en contraste flagrante con los consumados, en gentes jóvenes y en las clases sociales bajas. Algunos intentos conducen a muerte imprevista e indeseada sólo porque se planteó defectuosamente. Si bien la repetición de la intencionalidad no es excepcional, apenas un 10 por ciento de los sobrevivientes termina por suprimirse. En el veredicto de un médico legista de Nueva York, pesa, sin embargo, el hallazgo de cortaduras superficiales e inofensivas en un sujeto que se encuentra degollado. Atestiguan que el occiso estuvo acumulando decisión para el tajo postrero, las llama marcas de trepidación y entonces sería menos probable que se trate de un homicidio. Entre los que son salvados, la mayoría sale del episodio contenta y agradecida; más aún, se sorprende a menudo de haber deseado suprimirse.

Para estas personas no se trató, en realidad, de un acto fallido, sino de una manera de comunicar su angustia, de lanzar un llamado supremo y final para que se les procure ayuda y alivio. No implica necesariamente que mediara fingimiento, sino que, más propiamente, se sometieron a una ordalía. Si lo quiere Dios o el destino, se irán de esta tierra y si no, les tenderán una mano para sacarlos del charco en que se hallan sumergidos. En uno y otro caso involucran una acusación tremenda contra la familia, el grupo social o la colectividad toda. Más de un facultativo de principios elevados se ha planteado a sí mismo, como interrogante, si se justifica rescatar, a todo trance, a algunos individuos en que se puede predecir porvenir aciago. El pesar y el desaliento de los dolientes se agrava cuando se acompaña de sentimientos de culpa. Proviene ordinariamente de creer, con razón o sin ella, que pudo evitarse la tragedia. En ocasiones provoca delirio depresivo que no requiere atención médica exclusivamente para procurar alivio, sino también porque inspira ideas de suicidio y conduce aún a cometerlo. Ocurre así más corrientemente cuando dicho doliente estima que no cicatrizará la herida, la existencia no le deparará ya ningún halago y le horroriza la soledad. Suprimirse aparece como conclusión lógica y bien fundada cuando el futuro se anuncia realmente de mal agüero.